

# Los usos del "otro": las relaciones de República Dominicana con Haití

*Haroldo Dilla Alfonso\**

Invito al lector a leer cuidadosamente este párrafo:

La desnacionalización de Santo Domingo, persistentemente realizada desde hace más de un siglo por el comercio con lo peor de la población haitiana, ha hecho progresos preocupantes. Nuestro origen racial y tradición de pueblo hispánico no nos deben impedir reconocer que la nacionalidad se halla en peligro de desintegrarse (...) La influencia de Haití ha corrompido la fibra sagrada de la nacionalidad (...) La vecindad de Haití ha sido y sigue siendo el principal problema de la República Dominicana.

Según el mismo texto, el problema residía esencialmente en la cuestión biológica, dadas la mayor fecundidad de los negros, su mayor resistencia a las enfermedades, su bajo nivel de desarrollo, sus pobres condiciones sanitarias y la amenaza que todo ello supone a la "fisonomía étnica" de los dominicanos, supuestamente hispánicos.

Si el lector supone que este texto fue escrito por el jefecillo de alguna secta xenófoba fundamentalista, se equivoca. Pertenece a Joaquín Balaguer (1994), antiguo cortesano de la época de Rafael Leónidas Trujillo, repetidas veces presidente de República Dominicana, reconocido en el país como un intelectual valioso y que tras su muerte fuera sepultado con los honores debidos a un prócer. No es nada extraño en el contexto nacional. Argumentos como éste han sido usuales en República Dominicana en todo el siglo XX, y de hecho sirvieron de bases justificativas para la masacre de haitianos realizada por el gobierno de Trujillo en 1937. Aún hoy campean en la prensa dominicana, de la mano de voceros de un llamado "nacionalismo" que define a la "dominicanidad" como algo opuesto e irreconciliable respecto a Haití, aunque al hacerlo castran la riqueza cultural de la sociedad dominicana y nos transmiten una caricatura "blanca", "hispánica" y "católica" de una de las sociedades más mestizas, desde todos los ángulos, que existen en el hemisferio.

Lo más significativo de la cita es que haya sido su autor quien, en uno

\* Historiador y sociólogo cubano. Doctor en sociología urbana. Coordinador del Grupo de Estudios Multidisciplinarios Ciudades y Fronteras, República Dominicana.

de sus controvertidos mandatos presidenciales, ordenara la apertura de la frontera al intercambio comercial, creando así la premisa legal para el desarrollo de un comercio muy activo entre ambos países, y que durante los largos años que estuvo en el poder invariablemente favoreció la entrada masiva de braceros haitianos al país. Una réplica menos dramática de la actitud de su mentor Trujillo, en 1937, cuando simultáneamente ordenaba la matanza de miles de haitianos asentados en la zona fronteriza e impedía, *manu militari*, el retorno de los aterrorizados braceros contratados para laborar en los ingenios azucareros. Y es que ambos, hombres más talentosos que los patéticos intelectuales a cargo de la prédica “nacionalista”, entendieron que la relación con Haití era densa y compleja, y que nada mejor podía pasar al capitalismo dominicano que envolverla en una interpretación esquizofrénica que aprovechara sus beneficios tangibles y consagrara ideológicamente sus peligros, reales y supuestos.

Haití —sea como consumidor de bienes, como proveedor de fuerza de trabajo o como destinatario de inversiones— es un apoyo clave para la acumulación capitalista en República Dominicana. Su misma existencia, pobre y diferente, es otro apoyo vital para la política dominicana. La agitación de la supuesta “invasión pacífica haitiana” es útil en muchos sentidos: por un lado, genera un clima más adecuado para la explotación de los haitianos; por otro, un excelente camuflaje para disfrazar otros problemas que aquejan a República Dominicana.

En 2002, un alto oficial de las Fuerzas Armadas declaró enfáticamente que Haití seguía siendo “el principal problema de la seguridad nacional dominicana”. En esos mismos días se descubrió un fraude colosal de dos mil millones de dólares del principal banco del país. El banquero responsable recibió la visita solidaria de muchos altos políticos y funcionarios en su confortable celda, y hoy disfruta de reclusión domiciliaria en una de sus numerosas mansiones. Su desfalco, según algunos economistas, lanzó a la pobreza a un 15 por ciento de la población dominicana.

Probablemente el general habría tenido problemas para convencer a los cientos de miles de dominicanos empobrecidos acerca de su sesgada definición de “seguridad nacional”.

## **La construcción histórica**

Cuando en el siglo XVII los primeros colonos franceses se asentaron en la parte occidental de la isla La Hispaniola no hicieron otra cosa que tomar ventaja de la situación depauperada de la otrora floreciente colonia de Santo Domingo, cuyos habitantes habían sido reconcentrados, por orden de Madrid, en la parte oriental para evitar su involucramiento en el comercio de contrabando y el contagio con las ideas “luteranas”.

A partir de este momento, comenzó una relación marcada por la asimetría de poderes y el intercambio desigual. Durante todo el siglo XVIII la frontera experimentó un constante corrimiento hacia el este, sobre una región legalmente española, pero en realidad despoblada y sin ejercicio efectivo de jurisdicción. España reconoció *de jure* la presencia francesa mediante los acuerdos de Ryswick (1697) y Aranjuez (1777). En el plano económico, en particular las regiones más cercanas al movedizo borde fueron incorporadas a la briosa economía de plantaciones de Saint Domingue como proveedoras de alimentos y materias primas.

Los sucesos europeos y la Revolución Haitiana cambiaron sustancialmente la situación de la isla compartida. El control español sobre la parte oriental de hecho dejó de existir y la "primada de América" quedó en un limbo de soberanía. En 1795 España cedió la colonia a Francia mediante el Tratado de Basilea. Y a principios del siglo XIX los revolucionarios haitianos, temerosos del establecimiento de una base contrarrevolucionaria en la parte oriental y aprovechando su vacío político, la invadieron varias veces y la anexaron de 1822 a 1844, cuando los dominicanos proclamaron su independencia.

La coexistencia de dos naciones independientes en la isla no afectó el tipo de relación previamente existente. Haití era entonces, y hasta bien entrado el siglo XX, la parte más fuerte de la ecuación. En términos demográficos casi duplicaba la población dominicana, su economía era más dinámica y su ejército mejor organizado y entrenado. Por estas razones, República Dominicana continuó tributando plusvalor a la parte haitiana, mientras que ésta continuó ensanchándose a expensas de las despobladas regiones fronterizas dominicanas. Los intentos por establecer tratados limítrofes fracasaron, en buena medida por el entendible desinterés de la parte haitiana.

Esta relación comenzó a cambiar cuando se invirtió la correlación de fuerzas entre ambos países. Desde 1916 y hasta 1924 Estados Unidos ocupó República Dominicana. Generó las instituciones básicas para un Estado centralizado, y en particular un ejército disciplinado y entrenado al mando de Rafael Leónidas Trujillo. Al mismo tiempo, implementó las acciones jurídico/políticas y sociales necesarias para un proceso inversionista en el sector agro-exportador, principalmente en el azúcar (adecuación jurídica, expropiación de tierras, represión del movimiento campesino, etcétera) que culminó la inserción dominicana a la economía capitalista mundial.

Condición para ello era la demarcación limítrofe. Trujillo, en el poder desde 1930, culminó este proceso mediante un acuerdo haitiano/dominicano de delimitación fronteriza y buena vecindad, firmado en 1936. Y le dio un toque muy personal cuando, un año más tarde, ordenara una campaña de limpieza étnica que costó la vida a cerca de 20 mil haitianos y sus descendientes que vivían en la franja fronteriza o que cruzaban diariamente para trabajar en ella.

A partir de entonces, y hasta muy avanzada la década de los ochentas, la relación con Haití se dirigió fundamentalmente a garantizar el tráfico de braceros vitales para la zafra azucarera y luego para otras actividades económicas; rentable negocio en el que han participado, en estrecha connivencia, los funcionarios civiles y militares de ambos países. La frontera fue sometida a un fuerte control y cesaron los intercambios espontáneos de las comunidades a ambos lados. Las comunidades fronterizas dominicanas sufrieron un proceso de colonización y militarización que incluyó el asentamiento de nuevos inmigrantes para “blanquear” la región y reafirmar el carácter hispánico y católico de la “nueva patria”. Curiosamente, para estos fines, fueron importadas varias familias japonesas, algunos de cuyos descendientes mestizados aún son visibles en las empobrecidas ciudades fronterizas.

La caída de la dinastía Duvalier, la inestabilidad política subsiguiente, el bloqueo dictado por Estados Unidos y la posterior disolución de las Fuerzas Armadas haitianas implicaron inevitablemente el relajamiento de los controles fronterizos y la perfilación de República Dominicana como un importante suministrador de bienes a Haití. Ante los ojos de la clase empresarial dominicana, ineficiente y con una predilección fatal por las ganancias fáciles, Haití —empobrecido y carente de instituciones públicas reguladoras— apareció como una atractiva oportunidad de comercio e inversión.

## **Radiografía del intercambio desigual**

Las relaciones económicas entre Haití y República Dominicana constituyen una transferencia neta de valores desde la primera a la segunda, lo que se expresa claramente tanto en el comercio de bienes como en las nuevas modalidades que ha asumido la migración de trabajadores haitianos.

El comercio de bienes entre ambos países se distingue por dos características que reportan beneficios netos para República Dominicana.

Ante todo, es un comercio que ha tenido un crecimiento notable en los últimos años dado por el incremento unilateral de las exportaciones dominicanas a Haití, lo que le reporta un balance comercial excepcionalmente positivo. El siguiente cuadro muestra un balance de este comercio según ha sido registrado por los organismos reguladores dominicanos, y que omite las exportaciones de zonas francas<sup>1</sup> y otros segmentos del comercio fronterizo, sean estos ilegales (drogas, armas y contrabando) o simplemente informales, principalmente productos alimenticios.

<sup>1</sup> Las zonas francas ubicadas en territorio dominicano exportan 15 millones de dólares a Haití, de los que un 20 por ciento está constituido por ropa usada, curiosamente el principal bien de exportación de Haití a República Dominicana. Es presumible que una parte significativa de estas ventas de ropa usada regresen al país. Dado que las zonas francas dedicadas a este renglón están

**Balance del comercio dominicano con Haití  
(millones de dólares)**

<i>Año</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>
1996	24,4	0,08
1997	26,5	0,3
1998	47,4	0,4
1999	67,2	0,06
2000	58,4	0,2
2001	72,1	0,3
2002	88,7	Nd
2003	111,8	Nd

Como resultado de este incremento de las exportaciones, Haití se ha consolidado como el tercer mercado para los productos dominicanos, sólo aventajado por Estados Unidos y Puerto Rico, y que implica entre un 10 y un 15 por ciento de las exportaciones dominicanas. Sin embargo, lo más relevante para nuestros propósitos radica en la estructura de estas exportaciones, en la misma medida en que República Dominicana exporta a Haití productos que no son competitivos en ningún otro mercado internacional, e incluso algunos que ni siquiera serían consumidos en el mercado nacional.

Si exceptuamos las exportaciones de productos agropecuarios —una parte significativa de las cuales pasan por la vía informal, a lo que más adelante nos referiremos— las exportaciones dominicanas a Haití son mayoritariamente productos industriales. Este resulta un sector poco competitivo, que durante décadas sobrevivió bajo la protección estatal y hoy sufre los rigores de la desregulación. Estos productos constituyen solamente el 27 por ciento de las exportaciones totales nacionales, pero proveen el 54 por ciento del valor de las mercancías exportadas a Haití. Entre otros, aquí se incluyen 4.4 millones de dólares por la venta de cemento (el 100 por ciento de la exportación de este producto), 3.9 millones por la de varillas de acero (20 por ciento), 2.4 millones en pilas secas (100 por ciento) y cerca de un millón en fertilizantes (100 por ciento). Curiosamente, el país exporta a su vecino un vino tinto nacional que, como el lector podrá imaginar, no figura entre las muchas virtudes dominicanas, y que reporta 3.8 millones de dólares. Por último, en el marco de este comercio República Dominicana asume la condición, excepcional probablemente, de vender a Haití cerca de medio millón de dólares de hielo. Desde este punto de vista, la existencia del mercado haitiano constituye

---

ubicadas en la frontera, pudiera adelantarse la hipótesis de que en realidad esta mercancía nunca entra a territorio haitiano y que las ventas son sólo operaciones contables. Esta sería otra modalidad fraudulenta de uso de Haití en la acumulación capitalista dominicana.

una tabla de salvación para un sector significativo de la planta industrial dominicana.

Por otra parte, muchos de los productos vendidos a Haití son en realidad desechos que no podrían venderse en ningún otro lugar. Aquí se incluyen ventas millonarias de productos como el arroz picado (2.2 millones), residuos de galletas (0.2 millones) y desechos de papel (un millón). Los productos agropecuarios que este mercado absorbe son regularmente aquellos que por su tamaño, aspecto o estado de conservación, no podrían venderse en el mercado local, y entre los cuales se destacan los huevos (unos diez millones de dólares), plátanos, maíz, cocos, etcétera. En este sentido se trata de un submercado que digiere producciones no realizables en ningún otro contexto y que, por lo tanto, genera cuotas extraordinarias de ganancias.

Haití compensa este grave desbalance comercial exportando a República Dominicana productos que, por diversas razones, no son registrados en las estadísticas formales. En un primer plano, vende ropa usada y productos reexportados (aceite, arroz, perfumes, etcétera) en los mercados locales fronterizos que aprovechan la ventaja de la casi total inexistencia de aranceles en el país; así como algunos productos agropecuarios y animales de tiro y carga. Finalmente, Haití exporta a República Dominicana su mercancía más abundante: fuerza de trabajo barata y desprotegida.

### **La realidad de la “invasión pacífica”**

A pesar de que sectores importantes de la clase política dominicana y los retóricos intelectuales “nacionalistas” han clamado con insistencia propia de autistas contra una “supuesta invasión pacífica” haitiana, se han negado, con el mismo fervor, a contar a los “invasores”. En épocas de agitación racista —por ejemplo, cuando en 1996 varios partidos se coaligaron para impedir el triunfo electoral del candidato negro José Francisco Peña Gómez— el número de inmigrantes puede ascender a dos millones, pero cuando el Estado se toma en serio las deportaciones y la fuerza de trabajo escasea, los empresarios se encargan de aclarar que no pasan de un cuarto de millón. Un cálculo realizado a principios de los noventa (Báez, 1994) sugería no más de medio millón de inmigrantes, por lo que en la actualidad pudiera hablarse de una cifra oscilante entre medio millón y un millón de haitianos y sus descendientes radicados en el país.

De cualquier manera el número encerraría patrones diferentes de migraciones. En las zonas fronterizas la migración toma formas diversas: movimiento pendular de corto plazo, asentamientos en barrios marginales de las ciudades limítrofes y asentamientos de campesinos en parcelas arrendadas por dominicanos. En el resto del país la migración está dirigida a suplir fuerza de trabajo en actividades económicas vitales, y puede tomar un carácter tem-

poral o con mayores aspiraciones de permanencia. En todos los casos, sin embargo, se trata de una migración desprotegida tanto por la legislación dominicana como por el gobierno haitiano, que ha mostrado un desinterés olímpico por sus ciudadanos emigrantes, excepto cuando se ha tratado de montar *shows* publicitarios, muy comunes durante los mandatos del derrocado Jean-Bertrand Aristide. En territorio dominicano los haitianos tienen raras veces la posibilidad de obtener la residencia legal, y a pesar de que la Constitución reconoce el derecho de suelo para la obtención de la ciudadanía, ello está vedado a los descendientes de haitianos nacidos en el país. De aquí que las cifras sobre el número de haitianos radicados en República Dominicana estén siempre viciadas por la existencia de miles de dominico/haitianos, que nunca han visitado el país de sus padres y son portadores de rasgos fundamentales de la cultura receptora.

Una encuesta realizada por FLACSO/OIM (2004) revela que los migrantes haitianos no son la parte más pobre y menos calificada de la sociedad haitiana. La mayoría de ellos tenía empleos fijos en Haití, con nivel escolar de primaria terminado y se ubica entre los 17 y los 40 años, grupo etario laboral óptimo. El 59 por ciento llevaba residiendo en el país un mes o menos a partir de su última entrada, y sólo el 5 por ciento tenía más de cinco años, lo que hablaba de un activo proceso de retornos que difícilmente ayudaría a explicar la supuesta "invasión pacífica". Un 80 por ciento regresaba periódicamente a Haití a unirse con sus familias que permanecen en ese país. A diferencia de sus predecesores —trabajadores cañeros, hacinados en los bateyes— habitan principalmente en zonas urbanas, y han logrado penetrar en otros sectores económicos. Aunque el 15 por ciento continuaba laborando en el azúcar, un 18 por ciento se empleaba en otras actividades agrícolas y un 39 por ciento en la construcción. Pero al igual que éstos, eran sometidos a una fuerte explotación, con un 44 por ciento que trabajaba más de ocho horas y 43 por ciento que recibía ingresos menores que los dominicanos por igual trabajo.

Los migrantes haitianos apuntalan la rentabilidad de sectores específicos de la economía y los servicios en República Dominicana, tales como el cultivo del arroz (sostén económico de vastas regiones y al mismo tiempo un cultivo que no sobreviviría sin la activa protección estatal), la declinante producción azucarera y las construcciones. Pero sobre todo, actúan en el mercado laboral dominicano como agentes depresores con la consiguiente elevación general de las tasas de ganancias. Los migrantes haitianos se consolidan en las nuevas condiciones de la reproducción capitalista dominicana como el sector más explotado y oprimido de las clases trabajadoras en el país, tan inherentes a esta reproducción como los trabajadores nativos, y seguramente más que los cientos de miles de dominicanos que deambulan entre el desempleo y las pocas oportunidades del sector informal. En tal contexto, la relación social establecida tiende a superponer aquellas formas de poder que

Weber explicara como basadas en el “grupo de *status*” y en la clase, mediante lo que Silié (1992) ha identificado como un proceso de “etnización” de la situación clasista.

### **La frontera en una nueva dimensión**

La frontera dominicana ha sido históricamente una región poco poblada y en extremo subdesarrollada. En la actualidad su principal actividad económica es el creciente comercio con Haití, sea este formal, informal, legal o ilegal, categorías todas que se disuelven en una serie de prácticas sociales de sobrevivencia.

En particular, las principales ciudades limítrofes albergan ferias binacionales a las que asisten miles de vendedores y compradores de Haití y de otras provincias dominicanas. Los haitianos concurren a estas ferias para vender productos importados o donados y, en menor escala, algunas producciones agrícolas, así como para adquirir alimentos y otros productos de primera necesidad. Con frecuencia es la única oportunidad que tienen de obtener algún ingreso y sencillamente comer. Para los dominicanos, en cambio, la feria es, por lo regular, una vía para obtener ingresos adicionales y abaratar la canasta básica comprando ropa usada, arroz, aceite y otros productos reexportados desde Haití, más baratos y de mayor calidad que los productos dominicanos. En un estudio realizado en Dajabón —ciudad fronteriza que alberga la mayor feria comercial—, la totalidad de los concurrentes haitianos reportaban ingresos menores a 120 dólares mensuales, contra el 18 por ciento de los dominicanos (Dilla y de Jesús, 2004). Ambas partes son pobres e interdependientes, pero la pobreza tiene sus gradaciones y la interdependencia sus matices. Para los dominicanos el intercambio con Haití es la principal y, finalmente, una buena opción; para los haitianos es la única. El intercambio desigual también impregna las relaciones transfronterizas más cotidianas.

Lo distintivo de la situación actual en esta zona es la formación de regiones binacionales transfronterizas que suponen la paulatina subordinación fragmentada del espacio haitiano a los procesos internacionales de acumulación, y en la que los capitales dominicanos actúan como los intermediarios activos. Es una tendencia visible en la evolución del propio comercio, cuyas franjas más rentables han sido controladas por grandes y medianos empresarios dominicanos y haitianos asociados. Pero sobre todo, parece madurar en la instalación de zonas francas industriales del lado haitiano, en una hábil jugada que permitiría al capital aprovechar las ventajas comparativas de ambos lados.

La primera de estas zonas francas —instalada por una compañía dominicana— ya opera en la ciudad limítrofe haitiana de Ounaminthe, y emplea a unos mil obreros haitianos y a personal técnico y de seguridad dominicano.

Su principal función es concluir el "ensamblaje" de piezas textiles provenientes de las zonas francas de Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad dominicana. Su ubicación en Haití responde a tres condiciones: la primera es el vacío legal e institucional en este país, que le permite evadir incluso las mínimas exigencias que impone el Estado dominicano; la segunda es la abundante y devaluada mano de obra haitiana, y la tercera, el acceso al mercado textil estadounidense, dada la disponibilidad de la cuota haitiana.

Aunque no puede negarse el efecto positivo que implica generar un millar de empleos, aún en condiciones de superexplotación, en un lugar donde no hay otras opciones, la zona franca ha pasado a ser eje de varios conflictos con grupos organizados haitianos, sea por razones medioambientales, salariales o simplemente nacionalistas. Un efecto predecible será la aglomeración de mayores cantidades de población en Ouanaminthe, con una triple presión: sobre el devastado medioambiente, sobre los deteriorados servicios de la ciudad y sobre la propia frontera.

### **Modernizando la primera instancia**

La situación antes descrita no responde, en última instancia, a una cuestión legal, sino a la dinámica de la reproducción capitalista en ambos países y a las formas específicas en cómo cada uno se inserta en la economía capitalista global, e implica soluciones de largo plazo que deberán ser construidas por ambas sociedades desde una perspectiva diferente —y presumiblemente opuesta— a la que genera esta dinámica. No es posible pensar en una hermandad binacional mientras la relación objetiva que nutre esa binacionalidad esté basada en la subordinación de una parte a la otra. Pero sí, como advertía Keynes, todos estaremos muertos en el largo plazo, conviene detenernos en las alternativas que existen en la actualidad y que contribuirían a crear un escenario más adecuado para ese largo plazo al que aspiramos.

La situación de la que hablamos convive con legislaciones atrasadas o con vacíos normativos impresionantes. La normatividad fronteriza en vigor, por ejemplo, es, en esencia, la misma que se instituyó en la época de Trujillo, cuando la frontera permanecía cerrada y se percibía como un valladar a la expansión haitiana. Hoy la frontera es un área dinámica de tránsito de mercancías, personas y capitales. Cuando se han producido innovaciones públicas sus efectos han sido limitados por los solapamientos legales e institucionales. Resulta un mercado aquejado de un clima de impredecibilidad que afecta a los propios actores económicos privados.

La situación migratoria no es diferente. Desde mediados de los noventa existen proyectos de leyes que intentan normar la migración. Todos han sucumbido a las presiones políticas de sectores retrógrados. Es evidente que una primera instancia de solución sería la promulgación de un cuerpo jurí-

dico/institucional moderno que reconozca los derechos y deberes de los inmigrantes, reglamente las modalidades migratorias y resuelva la situación de los miles de dominico/haitianos que sobreviven en un limbo legal. En este mismo sentido, es imprescindible un *aggiornamento* del régimen fronterizo.

Habría que reconocer, sin embargo, que aun cuando la clase política dominicana decidiera avanzar en esta dirección, siempre afrontaría un problema mayor en la debilidad e inestabilidad institucional haitiana. De hecho, entre 1990 y la actualidad se han realizado numerosos contactos y convenios entre ambos gobiernos de los cuales sólo quedan la experiencia y los protocolos. No es un problema adjetivo: cualquier avance en la dirección apuntada requiere acuerdos binacionales, negociaciones y monitoreos mutuos.<sup>2</sup> Por otra parte, corresponde a las organizaciones de la sociedad civil dominicana y a sus intelectuales y políticos democráticos una posición más comprometida con esta situación. Existen algunas organizaciones que han desarrollado una importante labor de denuncia y monitoreo de la situación de los haitianos en el país y han impulsado la aprobación de una legislación más favorable. Pero el tema haitiano, incluyendo aquí la situación fronteriza, continúa siendo restringido y siempre sospechoso de complicidad antinacional.

A contrapelo de ello existen experiencias de solidaridad que se superponen a los frenesíes nacionalistas de ambas partes. Recientemente, una ciudad dominicana fronteriza, Jimaní, fue arrasada por un río desbordado. Las primeras personas que acudieron en ayuda de los damnificados fueron los residentes en Fond Parisien, ciudad haitiana fronteriza. Aún son datos aislados, pero que hablan de la construcción de una nueva cultura de tolerancia y civilidad binacional a la que estos pueblos no pueden renunciar, en pos de un mundo mejor.

## Bibliografía

- BÁEZ, Frank (1994), *Migraciones internacionales en República Dominicana*, Santo Domingo, ONAPLAN.
- BALAGUER, Joaquín (1994), *La isla al revés*, Santo Domingo, Editora Corripio.
- DILLA, Haroldo y S. DE JESÚS (2004), "Intermediación urbana fronteriza: el caso de Dajabón", en H. DILLA (coordinador), *Globalización e intermediación urbana en América Latina*, Santo Domingo, FLACSO.
- FLACSO/OIM (2004), *Encuesta sobre inmigrantes haitianos en República Dominicana*, Santo Domingo, FLACSO.

<sup>2</sup> La crisis institucional haitiana y el desinterés crónico de su clase política para concertar y trabajar en una dimensión binacional han sido también un obstáculo para la concreción de varios proyectos de desarrollo implementados por las agencias internacionales en la zona fronteriza.

SILIÉ, Rubén (1992), "República Dominicana atrapada en sus percepciones sobre Haití", en Wilfredo LOZANO (editor), *La cuestión haitiana en Santo Domingo*, Santo Domingo, FLACSO.